

N.º  
45

Artículo 4

# Teoría y Praxis

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades  
Editorial Universidad Don Bosco - El Salvador

Vol. 22, N.º 45 septiembre-diciembre 2024 pp. 127-145  
ISSN 1994-733X  
e-ISSN 2707-7411

## Carroña (des)informativa en Centroamérica: la alfabetización mediática como respuesta a los desórdenes informativos en la región

*(Dis)informative Carrion In Central America:  
Media Literacy As A Response To Information  
Disorders In The Region*

<https://doi.org/10.61604/typ.v22i45.386>

<http://hdl.handle.net/11715/2726>

**Willian Carballo<sup>1</sup>**

Escuela Mónica Herrera, El Salvador.

**Correo electrónico:** [wcarballo@monicaherrera.edu.sv](mailto:wcarballo@monicaherrera.edu.sv)



ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1383-4261>

Recibido: 24 de mayo de 2024

Aceptado: 30 de julio de 2024

<sup>1</sup> Director de Investigación de Escuela Mónica Herrera, de El Salvador.

Para citar este artículo : Carballo, W. (2024). Carroña (des)informativa en Centroamérica: la alfabetización mediática como respuesta a los desórdenes informativos en la región. *Teoría y Praxis*, 22(45), 127-145. <https://doi.org/10.61604/typ.v22i45.386>



Los artículos de la Revista Teoría y Praxis de la Universidad Don Bosco, El Salvador, se publican bajo los términos de la Licencia Creative Commons: Reconocimiento, No Comercial, Compartir Igual 4.0

## Resumen

En Centroamérica —como ilustró el caso de la supuesta venta de carne de zopilote cual si fuera gallina que causó alerta en cuatro países del área—, medios y páginas socio-digitales se abalanzan diariamente sobre desinformación (carroña, vamos a llamarle) que luego difunden para atiborrarse de likes e imponer falsas narrativas. Utilizando dicho ejemplo como detonante, y tras revisar datos cuantitativos de estudios nacionales y realizar entrevistas cualitativas a expertos, este artículo busca comparar cómo las audiencias de estas sociedades son expuestas y propagan “desórdenes informativos” sobre ciencia, salud pública y política. Los resultados revelan que el creciente acceso a internet y la falta de competencias mediáticas vuelven a Centroamérica un ecosistema fácil de contaminar. Como solución se propone fomentar, en confabulación con los sistemas educativos nacionales, una Alfabetización Mediática e Informativa que complemente enfoques tecnicistas (usar herramientas) con visiones críticas (interpretar contenidos) y articular proyectos formativos particulares hasta hoy aislados.

**Palabras clave:** desinformación, fake news, Centroamérica, alfabetización mediática e informativa, integración

## Abstract

In Central America —as illustrated by the case of the alleged sale of vulture meat as if it were a chicken that caused alarm in four countries in the area— media and socio-digital pages pounce daily on disinformation (carrion, let us call it) that they then spread to gorging on likes and imposing false narratives. Using this example as a trigger, and after reviewing quantitative data from national studies and conducting qualitative interviews with experts, this paper seeks to compare how audiences in these societies are exposed to spread “informative disorders” about science, public health, and politics. The results reveal that growing access to the Internet and the lack of media skills make Central America an ecosystem that is easily contaminated. As a solution, it is proposed to promote, in collaboration with national educational systems, Media and Information Literacy that complement technical approaches (using tools) with critical visions (interpreting content) and articulate particular training projects that have until now been isolated.

**Keywords:** disinformation, fake news, Central America, media and information literacy, integration.

## Introducción: la fábula de la gallina, el zopilote y las fake news

Las imágenes eran dos picotazos en los ojos. En una estaban las cabezas cercenadas de dos pájaros negros con la mirada extraviada y el cuello rugoso; y en la otra, unas manos manipulando el cuerpo desplumado, decapitado y erizado de un animal que parecía un ave de corral cualquiera. Aunque lo que provocaba cortocircuito mental era el titular que amarraba las dos fotos en una sola noticia que aquel diciembre de 2019 corrió como liebre por la internet centroamericana: “Denuncian venta de zopes haciéndolos pasar por gallinas” (ver imagen 1).

Palabras más, palabras menos, la información fue publicada por al menos cuatro portales y páginas de redes sociales originadas en diferentes países de la región. Lo que cambiaba radicalmente era la locación de la presunta estafa. La versión de un diario digital salvadoreño, por ejemplo, aseguraba que este gato por liebre peso pluma ocurría en un puesto de carnes en San Vicente, al centro del país (Cronio, 2019). La de un medio local hondureño narraba que la escena del delito se montó en Choloma, al norte de ese territorio (El Informativo Cuyamel, 2019). La de una página de redes sociales con sede en Costa Rica lo atribuía a vendedores de Nicaragua (Vecinos de Cariari, 2019). Y el titular de otro portal costarricense dejaba ambiguo el origen (Puntarenas se oye, 2019). Distintas versiones, mismo bulo. El mismo copia-pegar de imágenes que también circularon y causaron alarma en México o Perú. En resumen: la misma desinformación que –valga la metáfora– fue carne descompuesta para medios en busca de carroña que se abalanzaron sobre ella y la difundieron sin verificar con tal de alimentarse de vistas y likes.

### Imagen 1. Publicación de la misma desinformación en diferentes sitios web de El Salvador, Honduras y Costa Rica



Fuente: capturas de pantalla de Cronio (2019), Vecinos de Cariari (2019), Puntarenas se oye (2019) y El Informativo Cuyamel (2019).

Suena a mala fábula de Esopo, pero lo de la gallina y el zopilote sigue siendo aleccionador. Es la metáfora de cómo la desinformación —entendida como información falsa, que se crea y difunde para generar daño o confundir (Wardle & Derakhshan, 2017)— es capaz de volar por internet y contaminar de datos no comprobados a las sociedades centroamericanas por igual. Así, si bien el ejemplo citado fue un timo culinario con posible afectación a la salud, otras veces se tratará de manipulación informativa de tipo político-electoral. Y otras tantas, de notas científicas sin fundamento que parte de la audiencia se ha de tragar. Cualquiera sea el caso —ciencia, política, sanidad—, lo que empieza como una noticia falsa, como una media verdad o como una información cierta, pero manipuladora, termina por contaminar los procesos democráticos, pues cuando figuras presidenciales utilizan los bulos como herramientas de comunicación pública (Torrealba, 2022), los ciudadanos no siempre tienen la capacidad de identificar dicho uso. O, en todo caso, acaba por obstaculizar la salud pública, como ocurrió en Latinoamérica durante la pandemia por covid-19 (Nieves-Cuervo et al., 2021).

A la fecha, el fenómeno de cómo la ciudadanía se ve expuesta a estos desórdenes informativos ha sido apenas estudiado en la región. Y, cuando se ha hecho, ha sido de forma aislada. Los trabajos de Rodas y Solano (2021) en Guatemala; de Carballo y Marroquín (2020a, 2020b) y López et al. (2023) en El Salvador; de Brenes et al. (2021) en Costa Rica; de Camarero et al. (2022) y Amaya et al. (2023) en Honduras; y un estudio comparativo global de Singh et al. (2022), que incluyó a Nicaragua, permitieron conocer los niveles de exposición y propagación de diferentes tipos de desinformación en cada país. Pese a su aporte a la materia, son trabajos que no permiten colocar todas las realidades centroamericanas bajo una misma lupa. La única comparación transnacional la ejecutó Deutsche Welle Akademie (DW Akademie)<sup>3</sup>; no obstante, solo tomaron en cuenta a Guatemala y a El Salvador (Baños et al., 2023).

Los esfuerzos, como se aprecia, aparte de pocos, han evadido una mirada regional que permita poner en perspectiva la lucha contra la desinformación. Ante esa brecha de conocimiento, el objetivo de este artículo se revela necesario: describir, a partir de entrevistas cualitativas y de los datos cuantitativos de los estudios previos, cómo las audiencias centroamericanas son expuestas y

<sup>18</sup> Institución alemana que lidera proyectos de Alfabetización Mediática e Informativa (AMI) en Guatemala y El Salvador junto a socios estratégicos.

propagan lo que más adelante denominaremos desórdenes informativos, para establecer similitudes y diferencias entre países. Además, pretende explorar las iniciativas en dichas naciones para combatir este problema. La idea es, a partir de los hallazgos, proponer soluciones que, desde una mirada regional —aunque sin obviar las peculiaridades locales—, contribuyan a construir una ciudadanía capaz de reconocer, parafraseando el dicho, cuando les estén dando gato por liebre informativo. O para este caso: zopilote por gallina.

### Definiendo la *carroña (des)informativa*: teoría básica

La desinformación —a la que en este texto se llama metafóricamente *carroña (des)informativa*— no es un fenómeno nuevo. Lo que sí es cierto es que, como plantea Becerra (2020), la precariedad económica de la actual etapa del ecosistema de comunicaciones, sumada a la multiplicación de plataformas digitales, ha vuelto el proceso de edición, verificación y curaduría de las noticias “más vulnerable” y ha provocado “muchas informaciones adulteradas” (p. 15).

También conviene aclarar una confusión conceptual muy repetida: llamar genéricamente *fake news* a todo lo que huelga a este fenómeno. En realidad, estas son solo una forma en la que se materializa algo mayor, eso que Wardle y Derakhshan (2017) llaman desórdenes informativos. Estos pueden ser de tres tipos: información errónea (*mis-information*), producida al compartir información falsa, pero sin intención de dañar; desinformación (*dis-information*), cuando se comparte información falsa de forma consciente para causar molestia; y mala-información (*mal-information*), al compartir contenido genuino para provocar daño. En palabras de Del Fresno-García (2019), las *fake news* no necesitan siquiera ser completamente falsas para ser eficaces: basta con “la elección intencional de datos parciales, incompletos, alterados” (p. 2)<sup>4</sup>. Retomando y justificando la metáfora: la desinformación es *carroña* en la medida que es información corrompida, de cierta forma podrida, que se distancia de aquella de calidad.

El término “*carroña*” ya se ha empleado para el caso salvadoreño como metáfora de la descomposición moral-material, relacional e institucional de la

<sup>19</sup> Otro aspecto importante para mirar con recelo el término *fake news* es que se ha manipulado electoralmente, pues se ha convertido en una etiqueta que los políticos utilizan para desprestigiar cualquier información periodística que les resulte negativa, con el fin de minar así la credibilidad de medios de comunicación que consideran opositores (Egelhofer y Lecheler, 2019).

sociedad. En un libro que analiza semánticamente el término “violencia” en el país centroamericano, Orellana (2022) se basa en una de las últimas palabras que el pensador jesuita Ignacio Martín-Baró habría proferido a sus victimarios antes de ser asesinado en 1989, en el contexto de la guerra civil salvadoreña; y la utiliza como sinónimo de “descomposición, corruptibilidad y degradación del individuo” que ha de extender “su fetidez” hasta nuestros días (p. 150). De hecho, en la publicación se advierte de “otros tiempos de carroña” que excederán las fronteras de la violencia y pudrirán otros lugares y ámbitos de la sociedad. Uno de esos otros ámbitos es, en efecto, el de la información, que cuando es falsa o tendenciosa también se pudre más rápido que nunca en nuestros días.

Consumir esta *carne* tiene un impacto profundo en las entrañas de las sociedades. Así, entre más difícil sea para la ciudadanía separar la información fiable de los desórdenes informativos, más probable es que la construcción de la opinión pública “se base en hechos espurios” (Del-Fresno-García, 2019, p. 8). Esto, en la práctica, se traduce en personas menos y mal informadas. Y sin información veraz, la ciudadanía no puede ejercer plenamente sus derechos civiles ni participar con garantías en los procesos políticos (Blanco, 2023). Tampoco puede resguardar su salud o su vida (Becerra, 2020).

La solución que expertos como La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) o la DW Akademie proponen es la Alfabetización Mediática e Informativa (AMI). Esta se refiere al conjunto de competencias que permiten a las personas acceder a los medios, analizar y reflexionar sobre su contenido, producir mensajes y tomar acciones sobre los mismos (Braesel & Karg, 2018). Su aplicación evitaría que los ciudadanos hagan “juicios rápidos y simplistas” (p. 11) sobre los contenidos mediáticos. Y esto, en tiempos actuales, es vital.

### **Metodología: sobrevolando los datos existentes y preguntando**

Para cumplir con el objetivo de explorar cómo las audiencias centroamericanas son expuestas y propagan desórdenes informativos, para luego proponer acciones regionales para combatir el problema, se recurrió a una investigación de alcance exploratorio-descriptivo, ideal para estudios sobre temas sobre los que se conoce muy poco y se quieren mostrar sus diferentes ángulos (Hernández Sampieri et al., 2003), como la desinformación en Centroamérica. El trabajo, a su vez, estuvo basado en una aproximación documental a través de la revisión de fuentes secundarias y de la realización de entrevistas cualitativas.

Por un lado, se analizaron cuantitativamente los datos producto de estudios previos o fuentes secundarias (Hernández Sampieri et al., 2003). Se tomaron en cuenta las investigaciones de Rodas y Solano (2021), basado en jóvenes viviendo en comunidades indígenas en Guatemala; de Carballo y Marroquín (2020a, 2020b), con una muestra nacional en El Salvador, antes y durante la pandemia; de Brenes et al. (2021) y su estudio a nivel nacional en Costa Rica; y de Camarero et al. (2022), quienes trabajaron sobre temas de género y desinformación en Honduras, así como de Amaya et al. (2023) y su indagación basada en comunicadores de ese mismo país. Además, se utilizó el estudio global de Singh et al. (2022), con información sobre Nicaragua; y las estadísticas sobre conexión a internet disponibles en el Banco Mundial (2023) y Shum (2023) y sobre verificación de noticias, en Chequeado (2023)<sup>5</sup>. Acá es importante aclarar una limitante: son estudios realizados bajo parámetros metodológicos diferentes, por lo que deben compararse con mesura. Aun así, son útiles como un primer pulso para explorar similitudes y diferencias regionales.

También se usaron métodos cualitativos que permitieron entender y contextualizar la información numérica y las realidades locales. Se realizaron entrevistas semiestructuradas, a través de medios digitales, con personas académicas y expertas en AMI, de Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Esta herramienta, como asegura Folgueiras (2016), permite a través de un guion preestablecido, pero flexible, obtener información con mayores matices sobre el objetivo planteado, lo que permitió explorar su visión sobre el consumo de desinformación y sobre la idoneidad de las iniciativas existentes para combatir el problema. En El Salvador, la fuente fue Amparo Marroquín, investigadora en temas de cultura, audiencias y desinformación; mientras que en Guatemala se consultó a Edgar Zamora, experto en alfabetización mediática e informacional de DW Akademie. La fuente nicaragüense, también con experiencia en el tema, solicitó anonimato.

La información obtenida por ambas vías fue triangulada –es decir, se buscaron patrones de convergencia para poder corroborar una interpretación global y aumentar la validez y consistencia de los hallazgos (Benavides & Gómez-Restrepo, 2005), hasta entender la exposición y propagación de desinformación en la región y recopilar los esfuerzos realizados que pudieran servir de base para un combate unificado.

<sup>5</sup> Respecto a Panamá, Belice y República Dominicana no se encontró información estadística sobre exposición y propagación de desinformación, por eso no se incluyen en esa parte de los análisis.

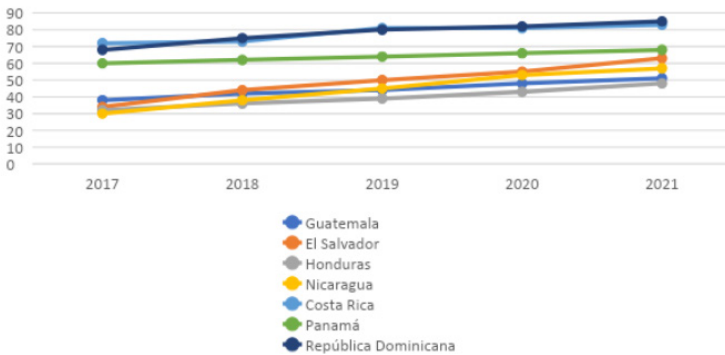
## Resultados: Centroamérica, muy expuesta a la *carroña* y con esfuerzos sin eclosionar

Lo primero que arrojan los resultados es un panorama propicio para que la carroña y la información de calidad convivan dentro de un mismo ecosistema: creciente conexión a internet, abundancia de celulares y amplio uso de redes socio-digitales.

Sobre acceso a internet, conviene más hablar de microsistemas por países, pues los porcentajes son variables entre sí e, incluso, al interior de cada uno. Datos de 2023 muestran que El Salvador, Costa Rica y Panamá, por ejemplo, superan el 70 por ciento de usuarios del total de su población (Shum, 2023). En Nicaragua, en cambio, la cifra es de 57.1 por ciento. Sin embargo, estos datos no son inmutables. Por un lado, las estadísticas pueden variar según qué fuente se consulte; por el otro, la calidad de conexión y acceso suele disminuir en zonas rurales.

Lo que es estable es que la cantidad de esas personas que usan internet se ha mantenido al alza en todos los países, sin excepción (ver gráfico 1). Por ejemplo, según el Banco Mundial (2023), El Salvador creció 29 por ciento en este indicador en solo cuatro años; Nicaragua, 29 puntos porcentuales; y Honduras, 16.

**Gráfico 1.** Incremento del porcentaje de personas que usan Internet en cada país



Fuente: elaboración propia con datos de Banco Mundial (2023)



Las conexiones a teléfonos móviles también son llamativas. En la mayoría de las naciones estudiadas hay más líneas celulares que personas: en El Salvador hay 156 por cada 100 habitantes; en Costa Rica, 151 por cada 100; y en Nicaragua, 120 por cada 100 (Shum, 2023). Y si sumamos este dato con el acceso a internet ya explicado, resulta lógico que haya también un considerable uso de redes socio-digitales (ver tabla 1). De nuevo, hay matices. Costa Rica despunta, con 73.7 por ciento de usuarios con acceso a internet que utilizan dichas plataformas; en cambio, países como Guatemala, Nicaragua y Honduras tienen cifras de utilización abajo del 50 por ciento. Eso sí: Facebook es la reina en la región. Además, Instagram es más popular entre jóvenes, TikTok sigue creciendo a ritmos virales y, como mensajería, WhatsApp es imbatible.

**Tabla 1.** *Conexión a telefonía móvil y usuarios activos de redes sociales en 2023\**

País	Guatemala	El Salvador	Honduras	Nicaragua	Costa Rica	Panamá	República Dominicana
Conexión a telefonía móvil	125.1%	156.5%	76.1%	120.5%	151.2%	121.1%	82.6%
Usuarios de redes sociales	48.4%	63%	41.8%	49.3%	73.7%	64.2%	69.1%

Fuente: elaboración propia con información de Shum (2023). \*Excepto República Dominicana, cuyos datos corresponden a 2022.

Lo dicho: hay diferencias y coincidencias. Aun así, los datos permiten concluir que existen segmentos amplios en cada país que están conectados y que consumen información vía internet. Acá es necesaria una aclaración: no hay que satanizar a estas herramientas. A través de ellas, la ciudadanía puede acceder a repositorios de información útil (Valerio-Ureña & Valenzuela-González, 2011), sobre ciencia, política o cultura. Sin embargo, al ser internet una de las causas de la diseminación de desórdenes informativos (Becerra, 2020), tampoco se puede esconder que los porcentajes de exposición a *carroña (des)informativa* también son altos.

Los resultados así lo demuestran. Salvo en Guatemala —cuyos datos se basan en comunidades indígenas que, a diferencia de las otras muestras,

reconocen informarse en mayores porcentajes por radio (Rodas & Solano, 2021)—, la cantidad de personas que en las demás investigaciones nacionales aseguran haber consumido desinformación en diferentes medios supera el 80 por ciento (ver tabla 2). Por ejemplo, en El Salvador, tanto en pandemia como en prepandemia, 87 por ciento de personas consultadas con acceso a internet así lo reconocieron. En Nicaragua, se midió el nivel de exposición de los ciudadanos a diferentes rumores, y en algunos se alcanzó el 90 por ciento (como que hacer gárgaras evitaba la Covid-19); y en Honduras, más del 80 por ciento, tanto de comunicadores como de estudiantes hablando de desinformación sobre género, mencionaron haber estado expuestos.

**Tabla 2.** *Exposición de las audiencias a desórdenes informativos\**

<b>País</b>	<b>Aspecto consultado</b>	<b>Cifra</b>	<b>Fuente</b>
<b>Guatemala</b>	Exposición en redes sociales a algún rumor o chisme (entre jóvenes de comunidades indígenas)	50.8%	Rodas y Solano (2021)
<b>El Salvador</b>	Exposición a alguna información que consideren falsa (población con acceso a internet)	87%	Carballo y Marroquín (2020a)
<b>Honduras</b>	Personas que han sido víctimas de desinformación (comunicadores)	82%	Amaya et al. (2023)
	Estudiantes que con seguridad o probablemente han estado expuestas a noticias falsas sobre violencia de género	95%	Camarero et al. (2022)
<b>Nicaragua</b>	Exposición a diferentes rumores sobre Covid-19 (población en general)	Entre 60% y 90% según el rumor (vacunas con efectos secundarios, afectaciones del clima, gárgaras para evitar enfermarse, etc.)	Singh et al. (2022)
<b>Costa Rica</b>	Exposición a noticias falsas (población en general)	Promedio en redes sociales (en una escala de 1 al 5): 3.02; y en los medios de comunicación: 2.96	Brenes et al. (2021)

Fuente: elaboración propia con base a los diferentes estudios nacionales citados \*Sobre Belice, Panamá y República Dominicana no hay datos al respecto.

Las cifras cambian bastante cuando se pregunta —de variadas formas y a muestras diferentes— sobre si han compartido la “información falsa” con sus contactos. Salvo en Guatemala (32 por ciento), los números del resto de los países no superaron el 30 por ciento. Y en el caso de Costa Rica, incluso fue solo de 19 por ciento. Es decir: las personas suelen auto percibirse como poco dadas a propagar desinformación<sup>6</sup>. Aun así, hablamos de que, en promedio, dos de cada diez personas la difunden. La tabla tres resume este punto.

**Tabla 3.** *Propagación de desórdenes informativos entre las audiencias\**

País	Aspecto consultado	Cifra	Fuente
Guatemala	Comparten información falsa	32%	Rodas y Solano (2021)
El Salvador	Comparten información falsa sepan o no su autenticidad.	24%	Carballo y Marroquín (2020b)
Honduras	Con seguridad o probablemente comparten información falsa, pero aclaran que no es cierta	23%	Camarero et al. (2022)
Costa Rica	Compartieron noticias en redes sociales que consideraban falsas	19%	Brenes et al. (2021)

Fuente: elaboración propia con base a los diferentes estudios nacionales citados. \*Sobre Belice, Panamá, República Dominicana y Nicaragua no hay datos al respecto.

El tema en el que hay concordancia casi absoluta es en el papel que las redes sociales cumplen para desperdigar la carroña. En todos los países con datos disponibles, WhatsApp aparece como principal vehículo utilizado. En Honduras, los estudiantes consultados que dijeron que “probablemente” o “con seguridad” reenvían por esa vía contenido manipulado (sobre violencia de género) suman 57 por ciento. Y en el caso de El Salvador, donde también se mencionó a Facebook, son el 56 por ciento. Tanto Facebook como WhatsApp permiten crear grupos, lo que masifica la propagación. La tabla cuatro expone estos datos:

<sup>20</sup> De hecho, esta es una deficiencia en este tipo de investigaciones: la gente tiende a autoevaluarse positivamente (Mateus & Gómez, 2023).

**Tabla 4.** *WhatsApp como medio de desinformación en la región\**

<b>País</b>	<b>Aspecto consultado</b>	<b>Cifra</b>	<b>Fuente</b>
Guatemala	Acepta haber compartido cadenas de WhatsApp con contenido falso	32%	Rodas y Solano (2021)
El Salvador	Compartieron por grupos de WhatsApp o Facebook contenido falso	56%	Carballo y Marroquín (2020b)
Honduras	Probablemente o con seguridad, reenvía por WhatsApp contenido manipulado, una vez que este haya sido visto	57%	Camarero et al. (2022)
Costa Rica	Compartió noticias falsas por WhatsApp	18%	Brenes et al. (2021)

Fuente: elaboración propia con base a los diferentes estudios nacionales citados. \*Sobre Belice, Panamá, República Dominicana y Nicaragua no hay datos al respecto.

Una vez con las cifras claras, se indagó sobre qué está haciendo cada país para combatir los desórdenes informativos. Las entrevistas cualitativas arrojaron tres acciones comunes en la región: iniciativas legales para castigar la desinformación, verificación (*fact-checking*) y formación en AMI, apuestas aún en etapas embrionarias en algunas naciones. En cuanto a la primera, la tabla 5 resume lo aprobado o lo propuesto.

**Tabla 5.** *Propuestas y acciones legales aprobadas contra fake news en Centroamérica*

<b>Guatemala</b>	Durante el estado de calamidad pública en 2020, el Gobierno instó a aplicar la Ley del Orden Público vigente, a quien generara rumores y noticias falsas.
<b>El Salvador</b>	En 2020 fue presentado un proyecto de ley para incluir entre los crímenes el anuncio de desastres, accidentes o peligros inexistentes, que susciten alarma. La pena sería de tres a cinco años de prisión. No ha sido aprobado.
<b>Nicaragua</b>	Se aprobó la Ley Especial de Cibercriminología, que establece una pena de dos a cuatro años de prisión y 500 días de multa para quien publique o difunda información falsa y/o tergiversada.
<b>Panamá</b>	La Asamblea Nacional evaluó un anteproyecto de ley para imponer sanciones a quienes realicen alertas falsas que alarmen a la población por medio de llamadas telefónicas o redes sociales.

Fuente: Elaboración propia con información de Pita (2021).

La penalización, aunque popular entre funcionarios y candidatos, puede provocar que los pájaros les tiren a las escopetas. Es decir, los burócratas, y en especial, los políticos —algunos de los cuales suelen ser creadores de desinformación (Torrealba, 2022)— diseñarían las normas para decidir qué es fake news y designarían a los responsables de determinar culpabilidad. Esto sería un desatino, consideran los entrevistados. Por ejemplo, el especialista guatemalteco Edgar Zamora y la académica y experta salvadoreña Amparo Marroquín, así como un informe de la UNESCO (Pita, 2021) y la Declaración conjunta sobre libertad de expresión y noticias falsas, desinformación y propaganda (Organización de Estados Americanos [OEA], 2017) concuerdan en que estos mecanismos atentan contra la libertad de expresión y pueden usarse para castigar a opositores y medios incómodos al poder y hasta para criminalizar a quienes solo fueron víctimas de bulos que creyeron ciertos y los distribuyeron.

La verificación, por su parte, es un trabajo que medios periodísticos asumen. Consiste en una especie de curadoría que determina si la *carne informativa* es apta para consumo, para prolongar la metáfora. Es decir, alertan a las audiencias sobre bulos, contenido manipulador y otros desórdenes. Estos esfuerzos están más desarrollados en Guatemala y Costa Rica, y más recientemente en El Salvador. Como ejemplo, desde 2020, a partir de la pandemia, el sitio Chequeado —que sistematiza contenido sometido a verificación— registra 70 noticias originadas en Costa Rica, de las cuales 67 eran falsas o no había certeza sobre lo expuesto; y 65 en Guatemala, de las cuales 36 tenían algún tipo de desorden informativo (Chequeado, 2023).

La otra gran apuesta es alfabetizar mediática e informacionalmente a las audiencias. En este punto, El Salvador, Guatemala, Honduras y Costa Rica llevan terreno ganado, a través de procesos lúdicos y talleres, que no siempre son sistematizados<sup>7</sup>. Estos, aunque importantes, tienen un alcance de población limitado y, en la mayoría de las veces, dependen de la cooperación internacional. Sin embargo, ni en estos países ni en el resto existe una política estatal que incluya el tema en los sistemas educativos formales. Y si la hay, está limitada a una visión meramente tecnicista, es decir, que el estudiantado sepa usar las herramientas (Camarero et al., 2022; Marroquín et al., 2019). Así, falta el elemento crítico, muy valioso, según los expertos.

<sup>21</sup>Garro-Rojas (2020) así lo afirma, para el caso de Costa Rica.

## Conclusiones y recomendaciones: hacia una estrategia con-fabulada regionalmente

Los resultados obtenidos apuntan a que el ecosistema regional —aunque con matices de país a país— es, en general, propicio para la propagación de *carroña (des)informativa*. Estudiantes, jóvenes en comunidades indígenas, comunicadores o pobladores en general aseguran estar expuestos a contenido desinformativo en cantidades que no bajan del 50 por ciento y pueden llegar incluso a superar el 90 por ciento. Además, cerca del 20 por ciento difunde esa desinformación, incluso conscientes, en algunos casos, de que están propagando material *podrido*, tal como fue expuesto en el apartado de resultados.

Dichos datos tienen importantes implicaciones. En una realidad de creciente acceso a internet y a redes socio-digitales, los medios, páginas, portales de contenido, personas particulares, partidos políticos o instituciones que difunden información para desprestigiar o confundir pueden seguir encontrando en Centroamérica un nido desde donde abalanzarse sobre la *carroña (des)informativa* para atiborrarse de clics o promover falsas narrativas. Esa es buena noticia para políticos que practican propaganda basada en desplumar opositores. También lo es para medios que privilegian lo económico sobre la calidad noticiosa y para empresas interesadas en dañar a rivales. Sin embargo, es mal augurio para la democracia, la libre competencia y el avance cultural y científico centroamericano.

Los esfuerzos para luchar contra este fenómeno son una manera de deshacernos como región de esta información putrefacta. Sin embargo, hay todavía mucho por hacer. Por un lado, que la región en general le apueste al *fact-checking* es positivo; pero esto es como solo poner alcohol a la zona afectada, un paliativo pasajero, pues en lugar de enseñar a la ciudadanía a consumir críticamente, el trabajo se deja a medios chequeadores. La otra opción es castigar la propagación de noticias falsas; pero acá se corre el riesgo de coartar la libertad de expresión o usar las leyes para acallar opositores políticos y censurar medios. La solución más viable, entonces, es fomentar competencias mediáticas, es decir: AMI. Sin embargo, se debe pensar en una estrategia que se confabule —hablando de fábulas— regionalmente, que sobrepase los esfuerzos aislados. Cuatro ejes se proponen:

1. La AMI debe formar parte importante de la agenda de trabajo de organismos regionales como la Secretaría General del Sistema de la Integración Centroamericana (SG-SICA), la Secretaría de Integración Económica Centroamericana (SIECA) y el Banco Centroamericano de Integración Económica (BCIE), como una forma de construir ciudadanía más crítica y mejor informada en estos países.
2. Dichas instituciones deben realizar lobby con los diferentes Estados del área para que la AMI se incluya en los planes de estudio formales. Es importante que las personas jóvenes y la niñez puedan usar una *tablet* y una cámara; pero también que sepan procesar de forma crítica los contenidos. Se debe pasar de un enfoque tecnicista (enseñar a usar) a uno crítico (enseñar a pensar).
3. Este artículo ha dado unas primeras luces sobre el tema en Centroamérica. Sin embargo, se debe inyectar recursos económicos para generar más datos empíricos e incentivar a que universidades realicen investigación comparada bajo una misma metodología y marco muestral. Los resultados serán evidencia para el trabajo posterior.
4. Finalmente, es necesario fomentar un trabajo en red que unifique esfuerzos aislados hasta hoy. Las experiencias de instituciones como DW Akademie en algunos países pueden ser útiles en otro. Pero antes hay que saber que existen y conectarlas.

En conclusión —sin obviar las diferencias culturales—, las similitudes de los países en términos de exposición y propagación de desórdenes informativos obligan a pensar en estrategias conjuntas para promover un consumo descontaminado. A la fecha, como lo metaforizó el bulo avícola inicial, la desinformación vuela libre por una Centroamérica conectada. El reto es que organismos internacionales, universidades, oenegés, medios y Estados se conecten también para luchar contra ella. Si esto no ocurre, la próxima pandemia nos hallará otra vez vulnerables ante las llamadas *fake news* y la siguiente elección nos sorprenderá con datos manipulados. O, como en 2019, el próximo diciembre nos encontrará de nuevo en el mercado con miedo a que nos intenten dar gato por liebre. O lo que es igual: zopilote por gallina.

## Referencias

- Amaya, C., Pérez, I., Ramírez, L., Osorto, M., & Gavarrete, R. (2023). *Percepción de los Medios de Comunicación y Periodistas sobre la Desinformación en Honduras*. Programa de Capacitación Internacional Avanzado de Autorregulación de Medios en un Marco Democrático.
- Banco Mundial. (2023, 26 de septiembre). *Individuos que utilizan internet*. <https://datos.bancomundial.org/indicador/IT.NET.USER.ZS?locations=GT>
- Baños, I., Marroquín, A., Carballo, W., Ramos, K., & Rodas, O. (2023). *La deuda en Alfabetización Mediática e Informativa en Centroamérica. Necesidades de las y los jóvenes en Guatemala y El Salvador para un uso inteligente de medios*. Deutsche Welle.
- Becerra, M. (2020). *Desinformación viral: las noticias en la pandemia. Memorias*. Quito: Consejo de Comunicación. [https://repositorio.consejodecomunicacion.gob.ec/bitstream/CONSEJO\\_REP/236/1/Conferencia-magistral-Desinformacion-viral-las-noticias-en-la-pandemia.pdf](https://repositorio.consejodecomunicacion.gob.ec/bitstream/CONSEJO_REP/236/1/Conferencia-magistral-Desinformacion-viral-las-noticias-en-la-pandemia.pdf)
- Benavides, M., & Gómez-Restrepo, C. (2005). Métodos de investigación cualitativa: triangulación. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, XXXIV(1), 118-124. <https://www.redalyc.org/pdf/806/80628403009.pdf>
- Blanco, I. (2023). *El impacto de la desinformación en la calidad de la democracia. Posverdad, fake news y otros desórdenes informativos*. Fundación Universitaria San Pablo. [https://repositorioinstitucional.ceu.es/bitstream/10637/14207/1/Impacto\\_Ignacio\\_Blanco\\_LeccMag\\_USPCEU\\_2023.pdf](https://repositorioinstitucional.ceu.es/bitstream/10637/14207/1/Impacto_Ignacio_Blanco_LeccMag_USPCEU_2023.pdf)
- Braesel, S., & Karg, T. (2018). *Alfabetización Mediática e Informativa. Una guía práctica para capacitadores*. Deutsche Welle.
- Brenes, C., Pérez, R., & Siles, I. (2021). Predictores psicosociales de la exposición y difusión de noticias falsas en Costa Rica. *Cuadernos.info*, (49), 213-236. <https://doi.org/10.7764/cdi.49.27437>
- Camarero, E., Herrero-Diz, P., & Varona-Aramburu, D. (2022). Desinformación de género en Honduras: medios de comunicación y jóvenes frente a las noticias sobre violencia contra las mujeres. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 28(1), 621-637. doi:<https://dx.doi.org/10.5209/esmp.73263>



- Carballo, W., & Marroquín, A. (2020a). *2019 A.C. Así consumíamos medios en El Salvador antes de la COVID-19*. Escuela de Comunicación Mónica Herrera y Maestría en Gestión Estratégica de la Comunicación, UCA.
- Carballo, W., & Marroquín, A. (2020b). *2020 D.C. Así dio vuelta el consumo mediático en El Salvador durante la COVID-19*. Escuela de Comunicación Mónica Herrera y Maestría en Gestión Estratégica de la Comunicación, UCA.
- Chequeado. (2023, 23 de septiembre). *Información chequeada sobre el Coronavirus*. <https://chequeado.com/latamcoronavirus/>
- Cronio. (2019, 30 de diciembre). *En redes sociales denuncian venta de zopes haciéndolos pasar por gallinas en San Vicente*. <https://croniosv.com/nacionales/en-redes-sociales-denuncian-venta-de-zopes-haciendolos-pasar-por-gallinas-en-san-vicente/>
- Del-Fresno-García, M. (2019). Desórdenes informativos: sobreexpuestos e infrainformados en la era de la posverdad. *El profesional de la información*, 28(3), 1-11. <https://doi.org/10.3145/epi.2019.may.02>
- Egelhofer, J., & Lecheler, S. (2019). Fake news as a two-dimensional phenomenon: a framework and research agenda. *Annals of the International*, 43, 1-20. <https://doi.org/10.1080/23808985.2019.1602782>
- El Informativo Cuyamel. (2019, 29 de diciembre). *¡Denuncian que en Choloma están dando gato por liebre!* <https://www.facebook.com/ElInformativoCuyamel/posts/cholomadenuncian-que-en-choloma-estando-gato-por-liebrevarios-ciudadanos-de-/2447009868949365/>
- Folgueiras, P. (2016). *Técnica de recogida de información: La entrevista*. Universidad de Barcelona. <http://hdl.handle.net/2445/99003>
- Garro-Rojas, L. (2020). Alfabetización mediática en América Latina. Revisión de literatura: temas y experiencias. *Revista Educación*, 44(1), 520-532. <https://www.scielo.sa.cr/pdf/edu/v44n1/2215-2644-edu-44-01-00520.pdf>
- Hernández Sampieri, R., Fernández, C., & Baptista, P. (2003). *Metodología de la Investigación*. McGraw-Hill.
- López, F., Álvarez, E., Amaya, S., Fernández, S., Alfaro, R., & García, J. (2023). Competencias mediáticas de los estudiantes de la Universidad Francisco Gavidia en El Salvador. *Realidad y Reflexión*, 22(56), 163-182. <https://doi.org/10.5377/ryr.v1i56.15778>

- Marroquín, A., Carballo, W., & Chévez, N. (2019). Media Literacy in El Salvador: slowpaced footsteps on the way to media literacy. En J. Mateus, P. Andrada, & M. Quiroz (Eds.), *Media Education in Latin America* (págs. 106-120). Routledge.
- Mateus, J., & Gómez, D. (2023). Competencia mediática para identificar noticias falsas. Estudio de caso con estudiantes de cuarto año de secundaria de un colegio de Lima. *Correspondencias & Análisis*,(17), 13-42. <https://doi.org/10.24265/cian.2023.n>
- Nieves-Cuervo, G., Manrique-Hernández, E., Robledo-Colonia, A., & Grillo, E. (2021). Infodemia: noticias falsas y tendencias de mortalidad por COVID-19 en seis países de América Latina. *Rev Panam Salud Publica*, (45), 1-8. <https://doi.org/10.26633/RPSP.2021.44>
- Orellana, C.I. (2022). Tiempo de carroña: La dificultad representacional de la violencia en la posguerra salvadoreña (1990-2002). En C.I. Orellana y S.A. Herrera Mena. (Eds.), *Una hidra de mil palabras. Análisis semántico del concepto de violencia en la revista Estudios Centroamericanos (ECA) El Salvador, 1956-2000* (págs. 143-192). UCA Editores.
- Organización de Estados Americanos (OEA). (2017). *Declaración Conjunta Sobre Libertad De Expresión Y "Noticias Falsas" ("Fake News"), Desinformación Y Propaganda*. <https://www.oas.org/es/cidh/expresion/showarticle.asp?artID=1056&IID=2>
- Pita, M. (2021). *Desinformación durante la pandemia y la respuesta regulatoria latinoamericana*. UNESCO. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000377721>
- Puntarenas se oye. (2019, 29 de diciembre). *Venden zopilotes como "gallinas arregladas"*. <https://www.puntarenasseoye.com/internacionales/venden-zopilotes-como-gallinas-arregladas>.
- Rodas, O., & Solano, C. (2021). *Desde nuestra mirada: Sondeo exploratorio en el marco del proyecto INFORMATECOS, desarrollado con jóvenes indígenas de cuatro zonas lingüísticas de Guatemala, para conocer su relación con los medios de comunicación y sus hábitos de consumo de estos*. COMUNICARES. <https://comunicares.com/userfiles/2021/04/Mapeo-Infomatecos-Final-2021.pdf>

- Shum, Y. (2023, 23 de septiembre). *Estadísticas de la Situación digital, Internet y redes sociales El Salvador*. <https://yiminshum.com/biblioteca-digital/>
- Singh, K., Lima, G., Cha, M., Cha, C., Kulshrestha, J., Ahn, Y., & Varol, O. (2022). Misinformation, believability, and vaccine acceptance over 40 countries: Takeaways from the initial phase of the COVID-19 infodemic. *PLOS ONE*, 17(2), 1-21. <https://doi.org/10.1371/jou>
- Torrealba, M. (2022). Fake News, Bulos y Narrativas Divisivas vs. un Futuro sin Llegar. En A. Cañizález, M. Torrealba, & L. Hernández, América Latina. *Fake news, poder político y desinformación en tiempos de covid-19* (págs. 7-10). Universidad Católica Andrés Bello.
- Valerio-Ureña, G., & Valenzuela-González, R. (2011). Redes sociales y estudiantes universitarios: del nativo digital al informívoro saludable. *El profesional de la información*, 20(6), 667-670. <http://dx.doi.org/10.31>
- Vecinos de Cariari. (2019, 29 de diciembre). *En Nicaragua se comen los zopilotes*. <https://es-la.facebook.com/cariariinformasunoticias/posts/3027029200641996/>
- Wardle, C., & Derakhshan, H. (2017). *Information Disorder. Toward an interdisciplinary framework for research and policymaking*. Council of Europe. <https://bit.ly/2V9xsdy>